

pos, la situación aparece francamente optimista. Los motivos de este optimismo son la inquebrantable fe de la población rusa, la inigualable liturgia de sus iglesias y el celo apostólico de los sacerdotes jóvenes.

CONCILIO Y ORTODOXIA

El diálogo entre la Iglesia católica y la iglesia ortodoxa rusa, comenzado tan fructuosamente en el Concilio Ecuménico, continuará ya sin interrupción. Según anuncio del recién nombrado Metropolitano Mikodim, ya los patriarcas Alexis de Moscú y Atenágoras de Constantinopla han recibido la invitación para la segunda sesión del concilio vaticano.

En la revista española ECCLESIA (sábado 24 de agosto. Madrid. 1963. pg. 29) puede leerse el texto de la alocución que Monseñor Charriere pronunció ante el Patriarca de Moscú, en la ciudad de Moscú. ¡Es increíble que no tiemblen las tumbas de Lenin y Stalin al oír tal lenguaje, más propio de las aulas vaticanas, en los mismísimos recintos moscovitas, con anuencia del gobierno comunista y con representación oficial.

Lo más maravilloso de todo — Dios es inexhaustible en su poder de ofrecer sorpresas de todo género— es que no sería extraño que sea Moscú, el corazón del mundo comunista el lugar en donde tenga realización el más grande milagro religioso: la unidad de los cristianos. El triunfo histórico más anhelado por la Iglesia Católica y sus hermanas puede ocurrir muy probablemente, en su primera fase, precisamente con la unión de la Iglesia Católica y la Rusa Ortodoxa. En Moscú han resonado las emocionantes frases finales de Monseñor Charriere, que nos dan ya un preguisto del milagro:

“La proximidad extrema de nuestra respectiva fe, la identidad de estructura jerárquica, de nuestras iglesias, el recuerdo de más de un milenario vivido en la plena comunión de fe y vida sacramental son una garantía segura de que la nueva era que se inicia, será testigo del cumplimiento de la oración del Señor: “¡Que todos sean uno, para que el mundo crea!”, para mayor gloria de Dios y salvación de toda la humanidad”.

UN HEROE DE VAN DER MEERSCH

“Graham Greene desconfía de la santidad oficial”, ha dicho Francois Mauriac prologando un estudio destinado a explicar la obra del novelista inglés. “Se diría que el pecado lo tranquiliza, que se considera en el reino de la Gracia sólo cuando se hunde en el reino del crimen, y que para él, Cristo, que ha venido a salvar y a buscar lo que estaba perdido, no habita las heladas alturas donde se refugian los puros” (1).

Frente a ese “santo sin Dios”, ideal de Camus, se yerguen en todo el sector de la novela católica moderna, estos héroes greenianos, contrastes vivos que ponen al descubierto el poder de Dios en la miseria del hombre... Estos héroes vulgares, pequeños burgueses de las tierras de Burdeos a los que nos tiene acostumbrados Francois Mauriac. Los tristes pobres hombres de Maxence van der Meersch, luchadores acosados que caen y se vuelven a levantar. Esos prodigiosos curas, en fin, de Georges Bernanos, saturados de vida interior, de realidad sobrenatural, pero tremendamente despojados de todo complemento natural o humano, transidos de Gracia —porque todo es Gracia— pero solo de Gracia.

La santidad no oficial es con frecuencia desconocida. Y casi se daría por bien empleado este desconocimiento puesto que muchas veces ante la intuición de algo más que la carne y la sangre, de realidades espirituales que escapan a la burda percepción del hombre ordinario, la incomprensión y el desprecio son el pan de cada día. Se desprecia lo que no se entiende. Qué gran realidad, frecuente por más triste que resulte!

Maxence van der Meersch ha escrito la vida de uno de estos santos no oficiales. “La máscara de carne” es una de las mejores obras que muestran este carácter grande y modesto, misterioso y admirable, de este género de hombre débil, saturado de pecado, hundido aparentemente en el vicio. Pero en el que permanece todavía la decidida intención de ser mejor... Y en resumidas cuentas “el verdadero rostro del hombre para la eternidad es su deseo de ser mejor” (2).

EL PUNTO DE PARTIDA

El punto de partida en este drama se llama Manuel Ghelens. Es un pobre muchacho consciente de su tara: un homosexual. Demasiado tarde se ha dado cuenta de las cosas. Porque una educación familiar y escolar desdichadas, ha producido lo que tenía que producir: “El pecado por omisión. El pecado por silencio. No se habla del asunto; es más sencillo. Se calla” (3). Las consecuencias son funestas. “El ambiente de aquella escuela fue aproximadamente el de todos los establecimientos de enseñanza, oficiales o libres,

JUAN JOSE COY, S.J.

con esta diferencia a favor de los libres: que un Capellán inteligente a veces aborda el problema y puede hacer mucho bien. Pero la mayoría carecen de audacia y de franqueza y se dirigen a nuestros colegiales, pequeños seres corrompidos, como lo harían a las jovencitas más puras y tímidas... Alusiones tan veladas que solo al cabo de mucho tiempo el adolescente las comprende bruscamente, demasiado tarde, cuando está muy adelantado el vicio. El incendio le devora" (4).

Este es el triste punto de partida. El hombre que tiene que vencerse a sí mismo y que tiene que vencer también los fantasmas de una educación equivocada, absurda.

LA CARA

Continuas caídas. "Mi ser es doble, complejo, una inexplicable mezcla de bien y de mal, de astucia y de sinceridad. Destruye cuando quiere servir, sueña el bien y hace el mal... E incapaz a menudo de ser otra cosa! Envenenado por sí mismo" (5).

Esta es la historia continua de este muchacho. Lo peor es que no encuentra ayuda de nadie. Y el abandono no viene solo de sus propios padres... "El hombre que más daño me ha hecho en el curso de mi existencia ha sido un sacerdote. Me dijo: Pero Vd. es un monstruo! Vd. está condenado! Con sus palabras me arrojó al abismo por varios años seguidos. No supo comprender que uno puede ser un monstruo y al mismo tiempo no ser capaz de otra cosa más que de sufrir por esta causa, y que ello basta, esta conciencia y este dolor de nuestra baja" (6).

Manuel Ghelens sigue de caída en caída. La visión que se va formando de sí mismo es descorazonadora. "Yo! Ese depravado, esa ruina humana, ese harapo condenado al fracaso perpetuo, a recaer en el vicio hasta la muerte! (7). Y en un momento de suprema y terrible lucidez, se confiesa que para los otros aparece "podrido hasta los tuétanos, como una carroña, objeto de náuseas para los demás y para sí mismo" (8).

Lucidez solo relativa, desde luego. Puesto que no siempre al hombre se le puede juzgar por las apariencias. En este caso concreto lo que los hombres ven no responde exactamente a la misma visión que Dios se forma de esa alma desgraciada, cuyo mayor pecado es el haber nacido en una familia irresponsable y cobarde —porque el más común género de cobardía es la irresponsabilidad—. Manuel Ghelens cae una y otra vez.

Es la cara de su vida. Pero la cruz es luminosa. Una Cruz de la que también ahora le viene la Redención y la Gracia.

LA INTENCION BASTA?

Frente a esa realidad triste, terrible, de este pobre desecho, aspecto humano de una personalidad desbaratada, surge vigorosamente un anhelo, un anhelo que no siempre se cumple. Pero que renace una y otra vez en esta pobre alma atribulada. Ante el desprecio de los hombres dice el protagonista: "Siento la necesidad de una fe, de un Dios, que no haya previsto la existencia de intocables" (9). Y a pesar de sus continuas caídas, de sus pecados repetidos, se confiesa a sí mismo, angustiado, que conserva la esperanza. "Por qué no habría de confesar, después de todo, que tengo la au-

dacia en el fondo de mi ignominia de conservar todavía la esperanza?" (10).

Y lucha. Y tras la caída se levanta. Esa es su vida. Se dice fácilmente, pero Manuel Ghelens no abandona nunca su intención decidida de corregirse. Una corrección que muchas veces está por encima de sus propias fuerzas... "Y entonces, de quién son las responsabilidades? Lucha. "El pesado navío, negro y oro, extrañamente escorado de estribor, se alejaba con gravedad, dejando atrás una larga cadena de humo negruzco. Se alejaba lentamente, con obstinación, con testarudez, con un vigor encarnizado, sofocado, laborioso... Y aquel navío, grande y pesadote, iba ganando camino metro tras metro, infatigablemente, contra el Océano y la tormenta. En aquel espectáculo había para mí una lección brutal y orgullosa de energía y voluntad inquebrantable" (10).

La lucha. Esa es la auténtica agonía del cristiano: eterna lucha interna. Cada uno es un campo de batalla, porque como dijo el Maestro " vuestros enemigos dentro de vosotros están". San Pablo en su Epístola a los Romanos también lo reconoce cuando asegura que "veo lo bueno y hago lo malo" (11). Y un autor ascético ha dicho que "nos sentimos a un tiempo caídos y con inmensas aspiraciones a la elevación" (12). También Kempis lo escribió: "Nos es muy tedioso y molesto el domar las pasiones y muy pesado el vivir así, siempre en combate" (13). Siempre en combate... Para Manuel Ghelens siempre llegan nuevas caídas. "Y eso después de meses de lucha, en ocasiones contra sí mismo, contra ese demonio que habita en mí y a veces es más fuerte que yo" (14).

Por eso precisamente el hombre es mal juez del hombre. Imposible juzgar el interior de cada uno porque los hechos externos son un pobre indicio casi siempre. El que ha caído, nunca cae porque sí. Cuántas luchas ferozmente encarnizadas consigo mismo, cuántas victorias quizá antes del último desastre! Y quién sabe si muchos de los que no caen se mantienen sencillamente porque no les cuesta. Realmente solo Dios es juez capaz y justo. Todos los demás somos injustos, auténticos simulacros de la justicia divina. No juzguéis y no seréis juzgados... Es palabra de Dios!

EL DESENLACE

La conclusión del drama vital de Manuel Ghelens es absolutamente trascendente. He aquí el fundamento de esa afirmación de André Maurois sobre la feliz condena del novelista católico que se haya "constreñido a hacer de todos los temas, incluso de los más humildes, un gran tema" (15). Porque de tejas abajo el protagonista de van der Meersch es sencillamente un fracasado, un hombre perdido, incapaz de mantenerse a flote, del todo sometido a sus instintos, tarado sin remisión. Pero como hemos dicho más arriba los juicios de los hombres no coinciden casi nunca con los juicios de Dios. Y este hombre holandés, este pobre hombre que cae y se levanta, es ante Dios un héroe. Un auténtico héroe. Y afortunadamente, ante Dios no hay héroes anónimos... A fin de cuentas "todo hombre puede ser un santo, si lo quiere, por bajo que sea, y aun cuando exteriormente, a los ojos del mundo, deba seguir siendo toda su vida un ser de vicio y cieno". (16). Esta es la santidad no oficial. Porque lo que cuenta no es el

éxito "sino más bien la frente sudorosa y las palmas de las manos ensangrentadas del hombre que ha luchado" (17). Y Manuel Ghelens ha luchado... Ha luchado consigo mismo, ha luchado con una educación que es para él auténticamente escandalosa, es decir, motivo de pecado. Ha luchado con los hombres y con las circunstancias... Y ha caído con frecuencia pero su deseo sigue intacto. "A quienes nada mas pueden ofrecer, tal vez Dios no les pida más que un sollozo de impotencia (18).

Por eso solo Dios puede juzgar, porque solo Dios conoce los corazones. Solo Dios es capaz de quitarnos a todos nuestra máscara de carne. Dios, ahora, la muerte, la gran igualadora, mañana. "La muerte despegará la máscara. Y surgirá nuestro verdadero rostro. Y ese genio reputado se revelará como un egoísta o un sibarita... Y esa virtud se revelará conseguida sin tentaciones, sin lucha y sin mérito. Y ese invertido, esa ruina... será en realidad un santo. Y los últimos serán los primeros. Porque el verdadero rostro del hombre, para la eternidad, es su voluntad de ser mejor. Es lo que ha querido ser, aun cuando no lo haya conseguido. Es el ideal, aun inaccesible, por el cual habrá combatido y sufrido. Tu verdadero rostro, hombre, pobre criatura, vencida y valerosa, es tu ensueño!" (19).

El ensueño de Manuel Ghelens fue el de ser mejor. Quizá Dios no le pida más que esos sollozos de impotencia que cruzan trágicamente la novela de principio a fin. Esos sollozos solitarios porque los hombres lo han abandonado. Solo Dios permanece para siempre. "Siempre queda Dios. Dios no aborrece jamás al hombre, no siente jamás repugnancia por él" (20).

Es admirable el último fragmento de la obra, de esta novela conmovedora, en el que Dios se hace cargo

de lo que los hombres rechazan. De algo que a ellos —sensibilidades delicadas— les produce náuseas. "Dádmelo a mí!, dice el Eterno, y que él acepte solo y humildemente conocer su miseria, soportarla, luchar contra ella. Yo daré firmeza a sus pasos... Y esa vida de vergüenza y de ignominia a los ojos de todos, para mí se consumirá como un incienso" (21).

Es el final del relato.

SANTIDAD NO OFICIAL

Este es el género de santidad que hoy buscan muchos de nuestros novelistas. Con amor, con inmensa caridad. Santos no oficiales pero reales. No son modelos que imitar por la sencilla razón de que ni siquiera se les conoce, no se sabe descubrir en esos seres aparentemente perdidos toda la grandeza que son capaces de encerrar. Y hay quien los conoce y se avergüenza de ellos...

Manuel Ghelens aquí, y el cura de "El poder y la gloria", y esa Sarah inolvidable de "El final de la aventura", el modesto cura de Ambricourt, el viejo moribundo de "Nudo de víboras", el abate Calou de "La farisea"... Todos hijos de Dios, pobres hijos suyos, incomprensidos con frecuencia, miserables y débiles. Y una vez más, en la miseria del hombre resalta el poder de Dios. Pedro y Juan, Santiago y Mateo —la historia se repite— pobres hombres débiles, tan débiles y tan miserables como Ghelens y Sarah o esos curas emocionantes de Georges Bernanos. Esa es la grandeza de Cristo y su misión redentora. Vino a buscar lo que se había perdido. Ese es el misterio de la Gracia de Dios. Todo es gracia, repiten a coro estos santos no oficiales... Todo es Gracia. Realmente, ya todo es Gracia!

(1) Víctor de Pange, "Graham Greene", Editorial La Mandrágora, Buenos Aires, 1953, prólogo de François Mauriac.

(2) Maxence van der Meersch, "La máscara de carne", Plaza-Janés, Barcelona-Buenos Aires-México, 1960, pág. 207.

(3) Ib. 35.

(4) Ib. 37.

(5) Ib. 170.

(6) Ib. 61.

(7) Ib. 207.

(8) Ib. 208.

(9) Ib. 8.

(10) Ib. 70.

(11) Romanos, 7: 15.

(12) osé María Bover, "Vida de Nuestro Señor Jesucristo", Editorial Borgiana, Barcelona, 1956, pág. 1.392.

(13) Kempis, III, 20.

(14) La máscara..., 165.

(15) Andrés Maurois, Prólogo al Tomo II de "Premios Nobel", José Janés, editor, Barcelona, 1958.

(16) La máscara..., 207.

(17) La máscara..., 206.

(18) La máscara..., 206.

(19) La máscara..., 207.

(20) La máscara..., 208.

(21) La máscara..., 209.

PROHIBICION DE LA CIRCULACION DE FOLLETOS OBSCENOS

SIMON BOLIVAR Libertador de Colombia y del Perú

Considerando:

- I. Que la conservación y prosperidad de la moral pública contribuye esencialmente a la de la sociedad;
- II. Que los folletos impuros, estampas obscenas y demás de este género corrompen las costumbres de los ciudadanos y los conducen a la inmoralidad;

DECRETO:

- 1º Se prohíbe la introducción a estas provincias del Alto Perú de estampas, cajas, sellos y abanicos obscenos y folletos impuros, so pena de caer en comiso las que se aprehendieren.
- 2º Los vistas y administradores de aduana serán responsables con sus empleos de la infracción de este decreto, y los presidentes, gobernadores y demás autoridades subalternas cuidarán de su cumplimiento.
- 3º El Secretario General interino queda encargado de su ejecución.

Dado en Chuquisaca, a 16 de noviembre de 1825.

SIMON BOLIVAR

Por orden de Su Excelencia, Felipe Santiago Estenós
(Gaceta del Gobierno, Lima, miércoles 8 de marzo de 1826.)